

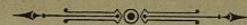
Los boletos se venderán en las estaciones desde el día 20 de Junio y serán válidos hasta el 10 del próximo Julio.

Querétaro, Junio de 1903.—*La Comisión.*

Tales son, á grandes rasgos, los gratos recuerdos que de la Peregrinación del presente año tenemos que consignar á la posteridad, para su consuelo y edificación. Quiera Dios Nuestro Señor, por intercesión de la Augusta Madre de los mejicanos, hacer que de día en día crezca en nosotros su santo temor y con él el amor y devoción á tan tierna Madre y poderosa Reyna la Santísima Virgen María de Guadalupe.



MARIA Y MEJICO.



SERMON

PREDICADO EN LA INSIGNE BASILICA

DE

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE,

CON MOTIVO

DE LA DECIMOCTAVA PEREGRINACION

DE LA

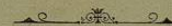
DIOGESIS DE QUERETARO.

EL 2 DE JULIO DE 1903,

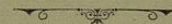
POR EL

R. P. Félix Alejandro Cepeda,

Misionero del Corazón de María.



CON LICENCIA DEL ORDINARIO.



QUERETARO.

IMPRESA DE LA ESCUELA DE ARTES.

1.^a DE SANTA CLARA NÚM. 7.

1903

DEDICATORIA.



Al Illmo. y Rmo. Sr. Obispo Dr. D.
Rafael S. Camacho en prueba de respeto,
gratitud y cariño.

Félix Alejandro Cepeda,
C. M. F.



Ego diligentes me diligo.
Yo amo á los que me aman.
(PROV., VIII, 17).

I.

Illmo. y Rmo. Señor, (1)

Carísimos hermanos míos en N. S. Jesucristo :

EN todos los siglos María ha sido la esperanza y el más firme apoyo de la Iglesia. Continuamente derrama sobre ella ríos de misericordia y le presta su valiosísimo auxilio para difundir y mantener la Fe en el seno de las naciones. Después de la gracia producida por los Sacramentos, la Iglesia no tiene recurso más eficaz que el culto público de la Virgen Inmaculada para desterrar los vicios, purificar las costumbres, desarrollar las virtudes y conducir los pueblos á los destinos que Dios les tiene seña-

(1) El Illmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Rafael S. Camacho, Obispo de Querétaro.

lados. Dígalo si no la América, criada para servir de alcázar á las glorias de María. ¿No fué en el convento de la Rábida, pregunto con un elocuente obispo chileno, donde la fe invicta de Colón depuso á los pies de la divina Madre el nuevo mundo que llevaba en pensamiento antes de ofrecerlo á los reyes de Castilla y Aragón? ¿No fué la plegaria de la *Salve* el único faro que alumbró á esos intrépidos conquistadores en las noches eternas del mar tenebroso que surcaban? ¿No fué una carabela llamada *Santa María* la primera barca á quien besaron las auras virginales de América? ¿A dónde llegaron la cruz y la espada de los cristianos españoles que no fuese para abrir surco á la semilla bendita del culto y del amor á la Reina de los cielos? Y cuando en el reloj de la Providencia sonó la hora en que estas naciones del Nuevo Continente, como hijas mayores de edad, se emanciparon de la madre patria para sentarse al festín de los pueblos libres, ¿no corrieron los padres de la Independencia americana á los altares de María á deponer sus banderas victoriosas? Y María que, á semejanza de las madres que prodigan mayores ternuras á los más jóvenes de sus hijos, ¿no ha querido proteger la fe de estas naciones adolescentes de la América, regalándoles imágenes venerandas, pararrayos de la justicia divina, imán de las muchedumbres, fuente perenne de prodigios espirituales y corporales? Colombia se gloria en sus dos santuarios de Nuestra Señora de Chiquinquirá, cuyo portentoso origen se remonta á la época de la conquista, y de Nuestra Señora de las Lajas que brilla solitario como piedra preciosa en medio de la exuberante vegetación del departamento de Cauca y es-

tá colgado casi verticalmente á sesenta metros de altura sobre el nivel del río Guaiátara. Bolivia posee el templo de Nuestra Señora de Copacabana, situado en las poéticas riberas del lago Titicaca. La Argentina ostenta con orgullo los santuarios del Valle, de Itati y sobre todo el de Luján, á pocos quilómetros de Buenos Aires, uno de los más suntuosos entre cuantos la cristiandad ha consagrado á la Madre de Dios. El Paraguay rinde amor y vasallaje á nuestra Señora de Caacupé, el Ecuador á la de la Nube hallada en la misma Quito en 1696, y el Brasil á la Virgen de la Aparecida. Perú honra con líricos arranques de cariño la efigie de nuestra Señora del Rosario, venerada en el convento de Padres Dominicos de la hermosa Lima, y ante la cual tenía éxtasis y revelaciones la flor más lozana de la América, la ilustre vigen Rosa. Chile, «que tiene la hegemonía de las repúblicas sudamericanas (2),» brota en afectos arrobadores de entusiasmo hácia la Virgen de Andacollo, cuyo soberbio templo colgado como nido de águila en altísimas montañas, es visitado anualmente el 26 de Diciembre por treinta ó cuarenta mil peregrinos que llevan en sus sandalias el polvo de casi todas las comarcas de uno y otro lado de los Andes. Famosas son en Cuba, *la perla de las Antillas*, las imágenes de Nuestra Señora de la Regla y de la Caridad, recibiendo homenaje la primera en su santuario situado cabe la misma bahía de la Habana, y la segunda no lejos de Santiago.

(2) Palabras del Illmo. Sr. Dr. D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de San Luis Potosí, en el sermón de Nuestra Señora de Covadonga.

II.

Pero tú, oh Méjico, has sido la más afortunada. Bien te podemos aplicar las palabras de Moisés á Israel: *Te elegit Dominus Deus tuus ut sis ei populus peculiaris*: Dios te ha escogido por su pueblo privilegiado (3). La Santísima Virgen holló tu suelo con sus plantas virginales y perfumó tus brisas con el aliento de su boca. Este cerro del Tepeyac quedó santificado con la presencia de María como el Horeb, el Sinaí, el Tabor y las montañas de Judea donde la Virgen visitara á su prima Isabel. Y no contenta con esto todavía la Señora regaló esa dulcísima y encantadora Imagen, bajo la advocación de Guadalupe, la perla más preciada de la corona de belleza que circunda la frente de la república mejicana. Imagen que no se debe al pincel de los artistas de la tierra sino que apareció milagrosamente grabada en la tilma de un indio candoroso y neófito de la fe. Y aquí cabe preguntar con la esposa de Zacarías: ¿De dónde á Méjico la dicha de que la Madre de Dios haya venido á visitarla y le haya dejado ese trasunto de su celestial hermosura? ¿Por qué la ha honrado con tan singular beneficio? Creo que para manifestar que Méjico era la más amada y la más amante de las naciones, y María cumple lo que el Sabio ponía proféticamente en sus labios: *Ego diligentes me diligo*: Yo amo á los que me aman: y hé aquí indicado el sencillo plan del discurso que por un insigne honor se me ha confiado en esta romería que el dignísimo Pastor y la grey de Querétaro han organizado. In-

(3) Deut. VIII, 6.

tento poner de manifiesto la más dulce correspondencia, la relación de amor entre Méjico y María; *amor de María de Guadalupe á Méjico, y amor de Méjico á la Virgen de Guadalupe*, es la síntesis de mi declaración. Ah! yo envidio en este instante á San Agustín su genio para ensalzar á esta « Ciudad de Dios »; á San Bernando su elocuencia para publicar las glorias de esta « Estrella de los mares »; al Tasso su inspiración fecunda para cantar á esta Heroína de la « Jerusalén Libertada » y á los mismos ángeles del cielo los himnos melodiosos con que encomian las excelencias de su Reina.

¡Madre mía de Guadalupe! con mano trémula vengo á agregar un grano de arena á la montaña de elogios que diez generaciones han levantado á vuestro obsequio; con voz débil voy á añadir una nota al himno que hace cerca de cuatro siglos se viene cantando aquí en vuestra alabanza. Dadme una chispa del fuego sagrado que ardía en vuestro Corazón virginal al entonar el *Magnificat*, que fué « *el éxtasis de vuestra humildad* » (4) y alcanzadme del Espíritu Divino la inspiración que comunicó á Isabel al pregonar vuestras excelencias; el amor encendido y claro conocimiento de ese agraciado querubín que sirve de sostén á vuestra imagen y con quien os saludo reverente: AVE MARÍA.

(4) San Ambrosio.

III.

La madre que tiene numerosos hijos, aunque á todos ama tiernamente, suele mostrarse más buena y cariñosa con alguno y le regala con especial fineza. Así la Virgen María, aunque mira á todos los pueblos como hijos, ha querido esmerarse con Méjico, ejecutando en su favor tales prodigios que el mismo Pontífice Benedicto XIV al saberlos prorrumpió en esta frase que ha llegado á ser legendaria: *Non fecit taliter omni nationi*: No ha hecho tal con otra nación. Entre esos primores de afecto nos fijaremos sólo en que ha querido ser *su apóstol, su madre y su reina*.

Cada país venera con culto afectuoso al apóstol que le enseñó la doctrina evangélica. Roma se ufana de haber sido amaestrada por el Príncipe de los discípulos del Salvador; Alejandría por San Marcos, España por el Hijo del Trueno, Santiago el Mayor, Irlanda por San Patricio, Alemania por San Bonifacio, Inglaterra por San Agustín, y los eslavos por los ilustres Confesores San Cirilo y San Metodio. Méjico, empero, puede enorgullecerse de que Dios reservara esta obra para su divina Madre. Sí, la Virgen Santísima del Tepeyac fomentó su civilización é hizo arraigar la fe en el corazón de sus hijos. Ella puede decir á los mejicanos como San Pablo á los fieles de Corinto: *In Christo Jesu per Evangelium ego vos genui* (5): Yo os engendré para Jesucristo por medio del Evangelio. Dormía Méjico á la sombra de la idolatría. Cuarenta mil templos, donde se rendía culto á innumerables ídolos, había diseminados en la extensión

(5) I Cor., iv, 15.

del imperio. Sólo en la ciudad se contaban dos mil lugares religiosos coronados por trescientas sesenta torres. Un millón de sacerdotes, raza privilegiada, atendía al servicio de otros tantos altares. De veinte á cincuenta mil víctimas humanas se inmolaban cada año, cuyos corazones palpitantes se ofrecían al astro del día. Llegan con Hernán Cortés y sus huestes abnegados y santos misioneros, que empiezan á predicar la buena nueva; pero la mies recogida en diez años de penosa labor es escasisima. Apenas bautizaron un millón y doscientos mil indios y en su inmensa mayoría párvulos, pues los adultos acostumbrados á la poligamia se resistían á abrazar el cristianismo que impone la unidad en el matrimonio. ¿A qué se debe esta tardanza, pues los mejicanos eran dóciles y aquí no se encendían hogueras, no se azuzaban las fieras, no se inventaban suplicios para atormentar á los predicadores del Evangelio? ¿Por qué esta dificultad de convertirse ya que los Misioneros no venían como los conquistadores movidos por la codicia del oro ni teñían espadas en sangre? Su única arma era la cruz, su única ambición las almas. Las almas eran las flores que querían trasplantar al cielo, los diamantes y esmeraldas que venían á buscar á esta Nueva España. Es que María quería ser la principal maestra de la verdad. Amanece la aurora del 12 de Diciembre de 1531. María se deja ver envuelta en nubes de gloria y cercada de fragantes rosas al felicísimo Juan Diego, y al punto empiezan á disiparse las tinieblas de la idolatría, y el sol de la cultura y fe cristiana se alzó radiante para alumbrar hasta los últimos confines del Anáhuac. Se realizó la palabra de Isaías: *Populus qui ambulabat in tenebris vidit lucem*

magnam: habitantibus in regione umbrae mortis lux orta est eis (6). El pueblo que andaba en las tinieblas vió una gran luz: amaneció el día á los que moraban en la sombría región de la muerte. Tanto entusiasmo despertó la religión cristiana que, según afirma un historiador (7) los que pedían el bautismo eran en tan crecido número que muchas veces los sacerdotes que lo administraban no podían alzar los brazos de fatiga. A un mismo sacerdote acontecía bautizar en un solo día cuatro, cinco y seis mil adultos y niños. Solo los religiosos franciscanos, si hemos de creer al P. Motolinia, en los diez años que siguieron á la Aparición de la Santísima Virgen bautizaron diez millones. La parroquia de Tlaxcala vió celebrar mil bodas en un solo día. Fundados en estos hechos, todos los historiadores, desde el piadosísimo Sahagún hasta el norteamericano Bancroft aseguran que la supresión de la idolatría en Méjico debióse principalmente á la Aparición de Nuestra Señora de Guadalupe. Y la razón viene á confirmar este juicio, pues aquí no hubo taumaturgos que trastornaran las leyes de la naturaleza, los predicadores no abrían los ojos á los ciegos ó los oídos á los sordos, no desataban la lengua á los mudos ni resucitaban á los muertos ni hacían milagros que los acreditasen ante el pueblo.

Y Maria de Guadalupe no solo hizo germinar la semilla de la fe sino que aseguró su crecimiento y robustez, fundiendo la raza de los conquistadores y de los vencidos. De los descendientes de Cuahutémoc y Moctezuma, y de los del Cid Campeador y D. Pelayo

(6) Isaias, ix, 2.

(7) Mendieta.

se formó un solo pueblo, uniendo las creencias religiosas de los españoles al valor de los mejicanos. Y mientras en las alturas del Tepeyac brille con benéficos fulgores esta basilica con su peregrina Imagen, no faltará jamás la religión en la república. La fe está más arraigada que los árboles seculares de los bosques, pues no han podido derribarla las furiosas tempestades de revueltas, persecuciones y trastornos políticos que se desataron después de la independencia hasta hace pocos años. Y no soy yo quien hago esta afirmación sino el inmortal León XIII que rige los destinos de la Iglesia: «Conocemos cuán estrechos son los vínculos con que aparecen siempre unidos los principios y progresos de la fe cristiana entre los mejicanos con el culto de esa divina Madre, cuya imagen una admirable providencia, como refieren vuestras historias, hizo célebre en su mismo origen . . . Persuádanse todos y estén íntimamente convencidos que durará entre vosotros la fe cristiana en toda su pureza y estabilidad mientras se mantenga esa piedad, digna en todo de vuestros antepasados (8).» ¡Gloria y bendición, pues, al apóstol que propagó la fe en la nación mejicana!

IV.

Difícilmente habrá una palabra que despierte más tristes recuerdos que la de orfandad. No hay ser que inspire más compasión que el niño que no ha sentido su frente acariciada por los besos de su madre y no ha podido calentar su alma al calor del pecho de la

(8) Carta al Episcopado mejicano, 2 de Agosto de 1894.

que le dió el ser. De esta desgracia están libres los mejicanos. En su hermoso territorio no hay huérfanos, pues la Virgen Santísima ha querido mostrarse Madre de todos y cada uno de sus pobladores. Así lo declaró á Juan Diego al pedirle se le labrase un templo en este cerro del Tepeyac y al decirle con voz dulce como armonía del cielo: « En este templo, como Madre piadosa tuya y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa y la compasión que tengo de los naturales y de aquellos que me aman y buscan y de todos los que solicitaren mi amparo y me llamen en sus trabajos y aflicciones, y oír sus lágrimas y ruegos para darles consuelo y alivio.» ¡ Cuánta bondad en esta Madre amabilísima! Y para que de una manera sensible y perpetua conste su maternal solicitud y el empeño que tiene por salvar á sus hijos con su altísimo valimiento quiso legarnos esa preciosísima Imagen embellecida de rosas balsámicas y cuajadas de perlas de rocío que brotan por milagro en el rigor del invierno en la árida cumbre del cerro y hace que la tilma en que Juan Diego las llevaba sea el lienzo donde quede sobrenaturalmente pintada la celestial figura. Oh Méjico, qué grande es tu dicha! Tuyos son los campos más feraces; tuyos los montes henchidos de riquezas; tuyos los mares surcados de poderosas naves; tuyos los cielos más puros, que envidian Italia y Grecia; tuyas las flores de más variados matices; tuyos los frutos más deliciosos. Pero tu gloria más pura, el más rico florón de tu corona es esa Imagen bendita de la Madre que te cobijó desde el día 12 de Diciembre de 1531, y es prenda segura de que jamás te negará su poderoso ayuda.

Y en el decurso de los años María ha probado con

hechos fehacientes que los mejicanos son sus hijos amadísimos. Al ser trasladada la Santa Imagen á su primera ermita resucitó al indio herido por la flecha, cuyo milagro está grabado en uno de los primorosos cuadros que adornan estos muros. Cuando en 1544 causó tan horrible estrago entre los indios la fiebre maligna, que perecieron ochocientos mil, apenas fué invocada con una devota peregrinación de niños de seis á siete años la celestial Madre de Guadalupe, cesó la peste como por ensalmo. En 1629 la ciudad de Méjico experimentó la inundación más peligrosa que recuerda la historia. Las lluvias hicieron desbordar el lago de Texcoco subiendo el nivel de las aguas más de dos varas. Perecieron treinta mil naturales, y de veinte mil familias españolas sólo quedaron cuatrocientos vecinos, según escribió el Virrey á Felipe IV. Por consejo de una santa religiosa fué trasladada la Santa Imagen desde su ermita á la catedral y detuvo el brazo justiciero del Señor.

¿Y no hablan bien alto á favor de las ternuras maternales de María los exvotos que almas agradecidas han colgado de los muros de este templo? ¿Y quién podrá contar los discursos que aquí se han pronunciado, los himnos que han salmodiado los poetas y los músicos, y las montañas de flores y nubes de incienso y perlas de ardientes lágrimas que le han ofrecido almas candorosas al pie de su altar?

V.

María se ha mostrado Reina de Méjico velando con solícita diligencia por la conservación de su autonomía y libertad. Llegó un día en que el patriotismo calentó los corazones mejicanos y quisieron obtener

la independencia de la patria, como todas las colonias americanas. Ligadas por eterna gratitud á España por haberles legado la fe, la civilización y el rico y flexible idioma de Castilla, creyeron no obstante que ya podían disfrutar del más precioso de los dones que es la libertad. Aquí se palpó la benéfica influencia de la Virgen del Tepeyac. Los padres de la patria la invocaron con fe ardiente y *¡Viva Santa María de Guadalupe!* fué el lema del triunfo y el acento de victoria del creyente pueblo mejicano. En esa titánica lucha de dos lustros, María de Guadalupe infundió valor heroico á los humildes campesinos que dejaban la hoz y la azada por manejar el fusil, transformándose de repente en soldados que derramaban generosos la sangre por el bien de la patria.

Y declarada la independencia, Méjico debe á la Reina del Tepeyac la conservación de su autonomía nacional que dos veces en veinte años estuvo en peligro de perder. Cuando fué vencido en 1847 por los invasores norteamericanos en injusta guerra, arrebatándole la mitad de su territorio, después de haber luchado los soldados como leones dando al mundo un ejemplo notable que admirar, la independencia quedó en manos de los triunfantes invasores, y sólo pudo salvarse al amparo de la Virgen Santísima de Guadalupe, á cuyas plantas, sin saberse la causa y manera, vinieron á firmarse los tratados de paz.

Después de la épica catástrofe de Querétaro vióse de nuevo y en más inminente peligro. Sólo la Virgen que es el escudo invencible de la independencia nacional pudo sacarla ilesa de las fauces del monstruo que iba á devorarla. Bendita seas, oh Reina majestuosa de esta feliz nación! ¿No tenemos motivos jus-

tificados para decir que Méjico es una nación en que María concentra sus más delicadas afecciones? ¿No es verdad que ama á los que la aman? *Ego diligentes me diligo.*

VI.

Todas las naciones se complacen en demostrar tierno amor á la Santísima Virgen. En ella se reúnen en grado excelentísimo las cualidades que cautivan los corazones: perfecciones inefables, hermosura sobrehumana, bondad embelesadora, amor sin medida. Por su dignidad de Madre de Dios está como perdida entre los esplendores de la Divinidad. Dios la sublimó á tan excelsa altura para que El pudiera descender hasta nuestra pequeñez. Su belleza arrancó al mismo Artífice divino que la formó esta exclamación: *Toda hermosa eres, amiga mía y en ti no hay mancilla* (9). Junta en sí las glorias de las vírgenes con los goces de las madres. Fué inmaculada desde el primer instante de su ser. Todas las generaciones la llaman bienaventurada. Los hijos de Méjico, raza de valientes, de carácter noble y caballeresco y en cuya frente y ojos esplendorosos brilla la lumbre de la inteligencia, no podían dejar de amar á esa celestial hermosura que se llama María, sobre todo desde que les apareciera como visión del cielo en estas rocas dibujándoles trasunto de su belleza arrebatadora. Desde entonces guadalupano y mejicano vinieron á ser sinónimos. El amor á María ha echado tan profundas raíces en este hidalgo suelo que más fácil sería arrancár de cuajo la mole de granito de sus mon-

(9) Cant. iv, 7.

tañas ó secar la inmensa cuenca de sus mares que arrancar de sus almas y de sus templos y de sus hogares el culto apasionado de la Madre de Dios que también es su madre. Todos la invocan con ternura en las angustias de la vida, le dedican novenas, triduos, el día doce de cada mes. En todas las familias aparece su santa imagen. En la choza de los pobres no habrá silla en qué sentarse ni lecho donde reposar los miembros fatigados; pero no falta el cuadro de María Santísima de Guadalupe, medio gastado á veces con los besos de amor que se le imprimen y manchado con las lágrimas que se han derramado sobre él. ¡Cuántas oraciones se le rezan! cuántas confidencias íntimas se le hacen! cuántas esperanzas se conciben! Y si por casualidad encontráreis un mejicano que asegura no amar á la Santísima Virgen de Guadalupe, no le créais; quiere engañarse á sí mismo y quiere engañar á los demás. Cuando llegue la hora fatal en que la muerte traidora amenaza arrebatarle un ser querido, en las angustias de la vida, en el momento decisivo en que ha de entrar en las regiones desconocidas de la eternidad, vendrán á golpear á su memoria los recuerdos de oraciones que en las rodillas de su madre aprendió á dirigir á la Virgen de Guadalupe, y sus labios por instinto empezarán á repetir las. Bien puede el mejicano en los naufragios del mar de la vida perder las prácticas piadosas, descuidar el cumplimiento de sus deberes, olvidar los sacramentos; mas la última centella de fe que se apaga es el amor á María. Por eso se dice que María es el corazón de la sociedad cristiana. El corazón, como enseñaban los filósofos, es el *primum vivens et ultimum moriens*, el órgano que empieza á vivir y donde se

purifica la sangre que se distribuye por el cuerpo humano, y que sólo deja de latir cuando ya está agotado el caudal de la vida. Así el amor á María es el que primero se enciende en el corazón del mejicano y el último que se extingue. Los mejicanos aman á María como á Madre y porque en ella ven simbolizadas todas las glorias de la patria.

Y como el amor se traduce en obras, voy á coger tan solo tres espigas en ese campo inmenso de hechos grandiosos con que los mejicanos han dado á conocer su afecto á su Madre y Patrona, y que son: la traslación de la Santa Imagen desde la Catedral á la primera ermita, la declaración del Patronato y la coronación.

VII.

¿A quién no conmueve la prueba de cariño que dieron los naturales al ser trasladada por primera vez la santa Efigie desde la catedral á la ermita que en el breve espacio de quince días se le había construido? El camino de Méjico al Tepeyac que mide una legua de distancia estaba cubierto de enramada de olorosas flores; la Imagen era conducida por religiosos franciscanos en andas cubiertas de mosaicos de plumas, mientras otros sacerdotes la iban incensando y cantando salmos. Después iba el venerable Obispo Sr. Zumárraga, descalzo y edificando á las turbas con su devoción y regocijo. Más de cien mil indios, según afirma el P. Florencia, la acompañaban, unos por tierra con danzas y músicas, otros por las aguas en canoas, simulando combates que llamaban «salomas guerreras». Aquella muchedumbre entonaba en sus varias lenguas las alabanzas de la Madre de Dios